



Prólogo | *Mercedes Pulido de Briceño*

Miradas alternas a una realidad mutante

Quien se adentra en la obra de Alejandro Moreno y el equipo de persistentes investigadores que le acompaña, vive la experiencia única de abrirse a una dimensión interpretativa nueva, de explorar un territorio que sólo había sido tanteado por los paradigmas científicos tradicionales y que, por tanto, permanece inexplorado, a pesar de haber sido manoseado hasta el cansancio por todos los que se han aventurado a estudiar los barrios venezolanos.

Estos arriesgados investigadores percibieron hace tiempo que los sistemas tradicionales de abordaje de la realidad social, desde mediados del siglo XIX, lejos de posibilitar la comprensión de los sujetos que hacen la historia, los anula en la búsqueda de objetividad, sometiéndolos a categorías predeterminadas por las academias, a través de las cuales sólo está permitido atisbar el mundo vivo de los seres humanos. Aquellos principios que dieron lugar a las ciencias positivas, aun cuando pueden haber demostrado su efectividad en el conocimiento del mundo material, se enredan en el registro del «ser que acaece», ignorándolo como sujeto activo en permanente negociación con el entorno.

Desde el comienzo de su obra, y a lo largo de la misma, el autor fundamenta su revisión crítica y sus novedosas propuestas metodológicas sobre la conciencia de que el objeto de estudio exige una mirada deslastrada de concepciones foráneas que han sido producidas en realidades muy diferentes a las que se abordan en este libro; realidades en las que, por lo demás, se han sumergido desde hace varios años quienes ahora nos ofrecen sus hallazgos con una perspectiva que trasciende el tema de la familia, pues nos remite, esto es, nos pone a mirar, a través de los boquetes que se abren en el campo de la epistemología, y desde una posición central en la categoría «mundo-de-vida».

Nos enseña a ver lo que tenemos ante nuestros ojos, pero que hemos dejado pasar inadvertido, tanto en la teoría como en los métodos de acercamiento. En este sentido, el texto cobra una inusitada dimensión pedagógica. No sólo es relevante lo que el autor muestra —que es profundo, necesario para comprender al país que nos toca vivir y transformar—, sino también las posibilidades que nos abre de comprensión e interpretación de múltiples hechos sociales que, hasta el momento, han sido descritos, cuantificados, pero que están lejos de ser conocidos, tales como la violencia, las relaciones de los venezolanos con el trabajo, el dinero, la educación, la salud, y muchos más.

Nos coloca en la definición del ser humano como intérprete; es decir, como alguien capaz de comprender a otros seres humanos en su realidad y con ella, partiendo de la verdad del habitar, que constituye la verdad concreta, lejos de abstracciones y fórmulas absolutas. En esta perspectiva, las ciencias sociales se vivifican, se unen al «vivimiento» de quienes participan de la investigación, no en

calidad de objetos, sino en tanto sujetos no sometidos a las rigideces de los postulados teóricos.

Claramente, el enfoque cualitativo de la investigación tiene más que hacer con esta nueva manera de mirar-nos que los desgastados métodos cuantitativos, y coincido plenamente con el autor en lo que respecta a sus afirmaciones acerca de lo que puede aportar la metodología cualitativa a la luz de la profunda revisión epistemológica que se ha desarrollado en buena parte del siglo XX hasta la actualidad. Dentro de la variedad de métodos cualitativos, los autores optaron por las historias de vida, en su condición de métodos biográficos. Por sí solas, estas historias de vida contribuyen a profundizar el conocimiento de casos que dibujan el perfil de un grupo humano, una comunidad y una sociedad general.

Sin embargo, el autor emprende las historias de vida como un camino para llevarnos hacia la estructura *antropocultural del mundo-de-vida popular venezolano*, por lo que esta obra, más allá de su importancia por los hallazgos de investigación que contiene y el sentido que los mismos cobran a la luz de las nuevas categorías de estudio que aquí son claramente definidas, es un acontecimiento teórico al cual no pueden permanecer ajenos quienes pretenden conocer, asir e intentar transformar la vida de los venezolanos.

Familia y mundo-de-vida

El estudio sobre la familia popular venezolana que aquí se presenta nos revela una diversidad que no está registrada en fórmulas, lineamientos y propósitos institucionales, ni siquiera en aquellos tendientes a integrar a la familia en vastos procesos sociales de cambio.

Esta diversidad no tiene nada que ver con la idea de diversidad que se ha constituido en paradigma en los últimos años; antes bien, subyace a la cultura popular desde muy remotos tiempos, pero se ha escabullido de los estudios académicos por el afán que tienen éstos de hacer que las realidades encajen en los postulados teóricos.

Aquí se pone de manifiesto una primera condición: la familia popular venezolana es *matricentrada*, pero esto no supone necesariamente un empoderamiento de la mujer en términos de su posición para tomar decisiones; al contrario, en muchos casos se observa una relación no siempre fácil de la figura materna con otros personajes del entorno, femeninos y masculinos.

A partir de esta condición, se despliega un abanico de posibilidades de convivencia familiar donde las figuras de padres, tíos, hijos, hermanos, medio hermanos, padrastros, madrastras, abuelos y, muy especialmente, abuelas, se colocan en variadas posiciones de una familia a otra, dando lugar a una gama de combinaciones que no pueden ser pensadas ni comprendidas sino desde dentro del mundo-de-vida de las personas involucradas.

Sólo entonces se descubre que, en muchas ocasiones, la ineficiencia de los proyectos de cambio e integración elaborados en la cerrada atmósfera de las instituciones del Estado radica en el hecho de que su noción de familia no está en consonancia con la que portan y viven los sujetos destinatarios de las acciones; por ejemplo, cuando se pretende involucrar a los padres en las actividades del sistema educativo formal, en familias donde las decisiones y la capacidad de nuclear al grupo se concentran en la abuela o en una tía materna.

En casi todos los casos, de manera independiente al lugar que ocupa el hombre en el árbol familiar (padre, esposo, hijo, hermano...), «La pertenencia del hombre (...) resulta ilusoria y fugaz», excepto en lo que respecta a la relación con la madre. Este énfasis en la figura materna, así como la escasa influencia de los hombres en la conformación y el agrupamiento familiar, nos relata la historia de un país signado por guerras, de hombres afiliados a facciones beligerantes, montoneras, ejércitos, guerrillas, sin tiempo ni espacio para la vida familiar y por extensión para la vida republicana. No es nueva la ausencia de una figura masculina central en las familias populares venezolanas, ni tampoco el hecho de que la responsabilidad de la mujer sea, no sólo dar vida, sino también continuidad. En todos los relatos se trasluce la idea de que esto se enraíza con una indiscutida tradición, que se experimenta de forma similar en las sucesivas generaciones, sin que algún proyecto de país se haya detenido a considerar cómo afecta esto el alma colectiva y la visión de futuro de los venezolanos.

15

Por otro lado, la poligamia, ampliamente extendida y en muchos entornos aceptada, no hace familia; la familia se conforma a partir de la poliandria sucesiva de la mujer venezolana. La idea de hermandad, el compartir fraterno, sólo es natural —no forzado— entre hermanos de la misma madre. En muchos casos, los hermanos del mismo padre pero de diferente madre apenas si se conocen, o quizás ni siquiera se tratan. No es muy audaz trasladar esta reflexión a otros ámbitos en los cuales el hombre venezolano es ajeno a la idea de compromiso y no trabaja la duración en el establecimiento de vínculos, sean laborales, políticos, asociativos, etc.

A cada paso, el autor reflexiona —interpreta— contenidos de los relatos, frases, ideas e incluso el lenguaje que emplean quienes participan de esta investigación. Por ejemplo, cuando se refiere a la sustitución de la desinencia «mos» por un «nos» cuyo sentido nos habla de un nosotros restringido a un grupo más reducido, pone al lector a pensar el lenguaje desde un punto de vista en el cual pocos se sitúan, especialmente aquellos «correctores» que insisten en apuntar lo que está «mal dicho», haciendo caso omiso de lo que realmente la gente necesita significar en determinados giros lingüísticos.

Toda reflexión lleva, por tanto, a la categoría «mundo-de-vida», magistralmente definida en este trabajo

El mundo-de-vida trasciende a la cultura, va más allá del conjunto de valores, formas, creencias, actitudes; da sentido a todo lo que se entiende como cultura desde el punto de vista antropológico; concibe la historicidad de la cultura en permanente construcción. La cultura como vivencia, la práctica de la cultura —como el autor define este vivir que no se piensa, sino que se da en la cotidianidad como algo resuelto de antemano—, aporta los códigos compartidos de actuación y aceptación para todos los que comparten el mundo-de-vida. Contiene claves de comunicación e identidad que dan al traste con las sesudas propuestas que hasta el momento se han elaborado en torno de lo que es la «identidad nacional» y sus peligrosas connotaciones políticas, muchas de las cuales desembocan en el militarismo campante por estos predios.

También contiene claves para formular la idea de país que queremos, siempre y cuando los mundos-de-vida que el autor presenta como divorciados, se acerquen con intención de conocerse y entenderse en un plano amplio de relaciones.

¿Desafiante reflexión?

Sin duda alguna, esta categoría de *mundo-de-vida* que propone el autor, además de proporcionar una nueva dimensión epistemológica para rehacer la noción de pueblo y con ello los proyectos sociales y políticos a los que ésta da lugar, nos conduce a ver nuestro propio mundo a la luz de la diversidad que ha venido forjándose históricamente.

Los diferentes mundos-de-vida se encuentran, se contraponen, se complementan o se desconocen, dependiendo de las circunstancias y más aún de la voluntad que las partes involucradas manifiesten para que se faciliten o no el encuentro y el diálogo. Incluso esta voluntad se hace palpable en los mundos-de-vida que conviven en una misma persona o en una misma comunidad. De allí surge la primera interpelación que nos genera el texto: ¿Pueden los actos de voluntad trascender las oposiciones que plantean los mundos-de-vida y propiciar una síntesis saludable?

Aquí pareciera necesario recurrir a Todorov, quien señala que los avances en el plano epistemológico, en el sentido de conocer y entender al otro, no son suficientes para lograr acercamientos ya que el reconocimiento de la diversidad requiere acción, un acto intencional, una remoción en el plano praxeológico para que esto sea posible.

Cabe entonces preguntarse: ¿Cómo se percibe la autoridad desde la óptica particular del mundo-de-vida popular venezolano?

Los análisis que están a la mano en relación con las últimas experiencias vividas en el país no tienen en cuenta cuáles son los códigos que subyacen al sentido de

autoridad; más aún, tampoco es fácilmente perceptible cómo se da la traslación de la idea de poder desde la «gran madre» de la familia matricentrada a los gobernantes militaristas, que sustentan la dominación sobre una estructura claramente patriarcal como la fuerza armada. Es decir, habría que resolver la cuestión de ¿cómo un poder que en el espacio privado se concentra en la figura de la madre, en el espacio público se delega en hombres autoritarios, preferiblemente con soporte militar?

Y no está de más indagar si el mundo-de-vida de una persona es determinante de su conducta diaria o es posible romper con este determinismo. El autor señala que el mundo-de-vida no es inalterable, y en esa experiencia de cambio radical la esperanza de proyectarse, no hacia un particular mundo-de-vida, sino hacia el mejor de los mundos posibles.

El autor afirma que no se trata de sustituir el mundo-de-vida popular venezolano, sino de integrarlo a cualquier propósito de cambio y de construcción de país, ese terreno del encuentro donde se concreta el diálogo, sustentado en un consenso de voluntades.

Es necesario reconocer que la obra nos conduce a afirmar que el mundo-de-vida popular venezolano está en constante y no resuelta tensión con el mundo-de-vida moderno; esto es, que ambos mundos se desconocen mutuamente. Quizás donde esta dicotomía se percibe fácilmente es en lo que refiere a los aspectos aparentes del quehacer político, aunque incluso allí se da el hecho de que personas con mundos-de-vida diferentes manifiestan los mismos gustos y preferencias a la hora de escoger. Esta realidad nos lleva a preguntarnos si los venezolanos de diferentes mundos-de-vida nos parecemos más de lo que estamos dispuestos a reconocer; si hay códigos comunes a todos; si la dicotomía se resuelve en soluciones fáciles que nos llegan de la cotidianidad, como fácil es todo lo que nos interesa y nos mueve a la acción.

Pareciera, entonces, que el mundo-de-vida popular venezolano tiene las de ganar en esta tensión por ser el de la mayoría. No obstante, aunque esta mayoría lo comparte, puede suponerse que no todos están conformes con lo que viven, ni lo dan como un hecho puesto que «saben», por influencias de la educación, de los medios de comunicación, de la internet y de las redes sociales, y de otras tantas ventanas abiertas al planeta, que hay otras realidades a las que tiene derecho a aspirar.

¿Cuáles son las instituciones y las políticas públicas que debieran o pudieran sustentar esta apertura? ¿Será la educación la vía para trascender el mundo-de-vida y empezar a construir el mejor de los mundos posible?

Quizás quienes ahora son niños pueden adquirir las herramientas y construir experiencias para empezar a vivir y a entenderse de otra manera...